

puedo menos de reconocer que la evolución tal vez consiste en eso: no en que se suprima el instinto que empuja al crimen, sino en que ese instinto se refrene y obedezca á consideraciones de *público decoro*. Homenaje del mal al bien, será la salvación de esa familia que, así y todo, estará padeciendo un martirio indecible, una verdadera agonía. No hablemos del infeliz esposo y padre, en tan duro trance colocado.

* *

Una tentativa de desembarco del enemigo en la costa cubana, rechazado gloriosamente; nuestras tropas abrasando, desde la manigua, á los *caballeros* norteamericanos, esos *jinetes recios ó rough rider* que creyeron fácil hincar el diente en la piña y no contaron con las espinosas hojas que rodean el exquisito fruto... Yo me figuro que en esa acción ó escaramuza de Jaragua estaban en su elemento los españoles. Era un lance de guerra de guerrilla, la genuinamente nacional, la que hicimos á los franceses y también, ¡ay!, por largo tiempo, á nosotros mismos, hermanos contra hermanos, en las asperezas de Vizcaya y en las frondosidades abruptas de Navarra y Guipúzcoa. Toda la pena que causa leer en la historia ó en narraciones novelescas como *Zumalacarrregui*, de Galdós, los sangrientos y téticos anales de la enconada lid civil, se convierte en gozo cuando vemos aprovechada á favor de la causa nacional la singular aptitud del celtíbero para el combate al pormenor, de ataque inesperado y de resistencia audaz, de emboscada y dispersión; clase de guerra que tanto se asemeja á la caza, lucha de los tiempos primitivos, en que todo se fía al valor individual, al instinto y á la no aprendida estrategia, y nada ó casi nada á los medios que con dinero se adquieren, á esos inventos nuevos que llaman científicos...

Uno de los primeros *jinetes recios* santiguados para el otro mundo por las balas de nuestros Mauser, ha sido un millonario, un poderoso de la tierra donde el becerro de oro posee un templo más magnífico que el que alzaron los filisteos á su ídolo Dagón. La caridad nos manda que compadezcamos al prójimo, pero el sentido común nos sugiere una frase castiza: ¡Bien empleado! ¿Quién le mandaba, vamos á ver, al ricachón mozo y en perfecto estado de salud — ¡tantos bienes terrenales como representan estas condiciones! — meterse en isla de once mil leguas? El que ve derramado su vino, profanado el santuario de sus amores, arrasada é incendiada la casa donde nació, pisoteada la imagen santa á que dió culto; el que ve arder sus mieses, llorar de vergüenza á su esposa, gemir á su padre anciano, caer tumbado patas arriba de un bayonetazo al fiel perro; el que, en una palabra, ve la patria invadida por el extranjero, natural es que salte como una fiera, y muerda y ruja á estilo de león, y agarre el fusil y no descance hasta hacer una atrocidad; y por eso en las guerras de invasión es soldado el niño y soldado el viejo, y soldado el cura y soldado la mujer, y se alzan hasta las piedras al paso del ejército que huella el sacro suelo natal. Pero que un burgués rico se vaya nada más que por recreo, á guisa de divertido *sport*, á tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño, sin ofrecer ni la excusa de que le anima el levantado propósito de combatir por la libertad, puesto que Cuba ya era libre del todo y autónoma y señora de sus destinos... es hazaña que merece el castigo de que la bala de un pobre diablo de soldado español — que no tendrá en el bolsillo dos perras chicas, pero tiene sobrado acierto en la puntería, firmeza en el pulso y serenidad en el corazón, — vaya recta adonde la guía el hado, y deje en un segundo al millonario sin millones y al mozo sin mocedad, por haber olvidado el prudente consejo de Estenelo á Diomedes en el libro V de la *Iliada*:

«..... de aquí huyamos
no sea que, siguiendo tan furioso
en la primera fila osadamente,
pierdas tu dulce vida...»

* *

Mientras corren estos días fecundos en sorpresas y acontecimientos, el vivir en puerto de mar añade interés á la existencia. Estamos pendientes de un bombardeo que, eso sí, nos anuncian — es preciso ser justos — con la debida anticipación, para que nos dispongamos y preparemos según corresponde, y tengamos tiempo, ya que no de fortificar la costa, prevención que no hubiese estado de más si se adoptase hace dos ó tres meses, al menos para confesarlos y otorgar testamento, encomendarnos á Dios y despedirnos de las personas queridas. Lo que suce-

de es que, por nuestro genio y humor especial, no se nos antojará hacer ahora nada de eso, sino al contrario, puede que nos dé por reír cuando les veamos amenazar, y por tomar á diversión las bombas, y á solaz veraniego y á cohete de fiesta su estruendo formidable.

Ya se sueltan á docenas notas humorísticas relacionadas con el bombardeo. Hay quien piensa pintar de verde la fachada de su casa de campo, á fin de que no sea posible hacer blanco en ella; y como nunca faltan pusilánimes y medrosos, sobran gentes maleantes que se ríen del miedo ajeno, y lo explotan como mina de regocijo y jarana, para contrarrestar la depresión que forzosamente han de causarnos tantas y tan tristes nuevas como se reciben á cada correo...

Las discusiones de probabilidades son el entretenimiento de las tertulias caseras y corros que se forman en las romerías campestres; y de tan contradictorios dictámenes cualquiera saca en limpio si, por ejemplo, mi pueblo, la Coruña, es ó no plaza fuerte, y en qué consiste que lo sea ó no lo sea; bien es verdad que muchos dan por hecho que á los yanquis les es indiferente que lo sea ó no para tratar de reducirlos á pavesas...

En épocas de mi niñez, de que casi no conservo memoria clara, vinieron á mi pueblo también buques de guerra yanquis — ¿dónde estarán ahora? — Uno de ellos creo que se llamaba el *Stone wall* ó cosa así. Venían á combatir, pero no con nosotros; aspiraban á luchar entre sí; el uno era nordista, el otro sudista — federal y confederado, como se decía entonces. — Ardía en los Estados Unidos la guerra de secesión, y los dos hermosos navíos proyectaban medir sus fuerzas á la vista de nuestras costas. Referíase que el uno perseguía al otro desde el Atlántico, y el perseguido no quería dar la cara. Pensamos que al fin se trabarían de cañones allá lejos, mar afuera, y mucha gente subió á la Torre de Hércules para gozar del espectáculo del combate naval. Este, por fin, no se realizó; el confederado huyó otra vez... La reprobación fué general y unánime:

— Maldita la gana que tienen de batirse estos corbardones.

Han pasado años desde la guerra de secesión... ¿Dónde estarán los oficiales que tripulaban aquellos barcos? ¿Vendrá alguno, viejo y achacoso, á bordo de los que nos bombardeen?

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ACTUALIDADES

En todo conflicto general hay casos particulares que despiertan el interés y la conmiseración: esto sucede ahora, en la catástrofe de Filipinas, con la suerte de la esposa é hijos del general Agustí, detenidos por los rebeldes y en su poder como *rehenes* desde hace días. ¿Cómo *rehenes*? No es cierto que la palabra suena á cosa de otros tiempos, á reminiscencias de épocas de barbarie y ferocidad absoluta? La idea de los *rehenes* evoca escenas terribles, verdaderas tragedias históricas; se recuerda á Catalina Esforcia y su arranque de heroico impudor sobre el adarve, cuando el enemigo amenazaba degollar á los hijos de la valerosa mujer; se alza la figura épica de Guzmán el Bueno ahogando la voz de la naturaleza y lanzando desde los muros de Tarifa el cuchillo... Pero ¿es que no han corrido siglos desde entonces? ¿Permanece la humanidad en la posición que tenía, ó ha evolucionado hacia la dulzura de costumbres, hacia el derecho, hacia el espíritu cristiano que cada vez penetra más en las entrañas del mundo?

No cabe dudar que la evolución existe, cuando todavía los tagalos, en quienes la crueldad es innata, como lo es en todas esas razas asiáticas que no sienten el dolor y que arrostran la muerte con indiferencia glacial — razas para las cuales ha sido preciso inventar torturas, porque cansan á los verdugos, — cuando todavía los tagalos, repito, no han hecho jigote á la familia de Agustí. Sin embargo, me ocurre una duda. Si no los han hecho jigote, ¿será que la ferocidad disminuye en los tagalos, ó será más bien que los norteamericanos han dado consigna, no queriendo cargar ante las demás naciones con el sambenito de un hecho bárbaro y nefando?

Yo no me fiara de la benignidad tagala, si no viese detrás la cautela yanqui, y el respeto á los alemanes, y el temor á los ingleses. Entregado el tagalo á sí mismo, haría de la señora de Agustí lo que hizo de otra pobre dama peninsular, á la cual uncieron al yugo que servía para los carabaos, y desnuda y á cuatro patas la obligaron á servir á sus tiranos á la mesa. He visto la noticia en un diario, y la traslado de él, si bien no me explico cómo es posible servir una mesa á cuatro patas. De todas suertes y en cualquier posición que adoptase, no debía de estar muy á gusto la señora, á quien descargaban incansantes varazos en los lomos sus brutales verdugos.

¿Y por qué hemos de decir que son los tagalos solamente los que se ensañarían en los rehenes, pudiendo? No ha pasado mucho más de un cuarto de siglo desde que fueron sacrificados los *otages* en el patio de la Roquette, en París. Sacerdotes y seglares en confuso montón, y entre ellos el arzobispo, cayeron bajo las balas de los comunardistas, sin que les valiese su inocencia ni su dignidad social. Nada, nada; la señora y los hijos de Agustí viven, y hasta están en Pampangá bien tratados, porque no conviene enajenarse las simpatías de Europa. De todos modos, buena señal es que las simpatías de Europa se enajenen cometiendo ciertos atentados, y yo no